

“YA ESTÁ, EL VIERNES VIENE MAMÁ”

- Y sin saber absolutamente nada de contabilidad, ¿acaso es posible tener en propiedad casi un imperio o, al menos, un buen entramado de empresas, todas ellas en activo y administrarlas como tal e incluso cobrar algún dinerillo de vez en cuando y, por supuesto, firmar sus cuentas anuales?

Mi padre levantó los ojos del plato y me miró unos segundos en silencio. “¡Vaya pregunta!” exclamó sorprendido, pero la había cogido al vuelo. Últimamente, el hecho de cursar ADE y Derecho nos había dado alguna que otra conversación de este tipo. “*Recojamos la mesa y te respondo*”. El deber primero, no podía ser de otro modo.

Una vez terminado, nos sentamos en el comedor y comenzó un intercambio de preguntas y respuestas que, aunque parecía complicado de comprender, nada más lejos de la realidad.

- ¿Que si es posible sin saber contabilidad? ¡Claro! – dijo mi padre, tan convencido que casi me alegré. A mí las clases de contabilidad nunca me parecieron sencillas y esto me aliviaba.
- ¿De verdad, papá? No lo creo. Al menos habrá de saber algo de equilibrios patrimoniales, ¿no? – comenté, orgullosa de mi aportación.

No obstante, mi intención de presumir de mis “amplios” conocimientos sobre lo que habíamos visto ese mismo día en clase le provocó una especie de carcajada que me dejó totalmente descolocada. En seguida, endureció el gesto.

- ¿A qué te refieres hija? - frunció el ceño. Igual he entendido menos de lo que pensaba.
- Pues a que, como mínimo, debe conocer si con lo que lleva invertido más lo que le han prestado, consigue ganar dinero ¿no?
- Pero, ¿no me has dicho que algún *dinerillo* sacaba? Pues eso será que piensan que ganan dinero - hace una pausa y sonrío- ¿no? – él siempre tan irónico.
- Venga, papá. Me lo has explicado tú, ¿recuerdas? Eso es liquidez, no necesariamente beneficio. – Digo, esta vez más convencida de mi respuesta.
- Ya, ya. Pero tú sí que estás aprendiendo contabilidad y me has preguntado si puede llevarse un imperio empresarial sin saber de ello. Pues déjame contarte algo que, estoy seguro no sucedió solo donde yo fui una especie de consultor externo, sino que también sigue sucediendo en muchas Pymes de este planeta... - y así comenzó lo que sería una historia, para mí, reveladora.

- Un buen día, conocí en una comida a uno de los hijos de una respetuosa señora que había heredado, junto a sus hijos, el importante entramado empresarial que generó su marido hacía varios años. Estaba en plena actividad. Al presentarme, le aconsejaron al joven que aprovechara a conversar conmigo dada mi amplia experiencia en el mundo empresarial. Ya sabes hija, entre amigos también presumimos y nos ayudamos. Al poco tiempo me invitó a tomar un café. Como nunca se sabe, acepté encantado y me fui a verle a las afueras de Toledo. Tenías que haber visto ese despacho, ¡qué vistas! Una vez allí, el hombre buscaba ayuda mientras me contaba que, prácticamente, habían cerrado las cuentas anuales del ejercicio y que le gustaría replantearse, para el nuevo año que ya se había iniciado, el funcionamiento de sus empresas. Era el mes de junio, por lo que me sorprendió mucho aquella frase *“para el nuevo año”*. ¡A estas alturas!, pensé para mis adentros. Desde luego suponía un nuevo desafío, lo cual me encantaba. El olfato del consultor.
- ¿Desafío papá? – Interrumpí. Además, no había entendido eso del olfato del consultor.
- Déjame que te explique hija. – Continuó. - Avanzada la reunión, entró en aquel despacho con aroma a maderas nobles, el hermano con quien llevaba las riendas del grupo empresarial; según me explicó. Este, al entrar, informaba ***“YA ESTÁ, EL VIERNES VIENE MAMÁ”***. Al darse cuenta que yo estaba ahí, me contaron que el viernes era la Junta de Accionistas y su madre vendría a firmar las cuentas y a aprobar su gestión. Noté una mirada cómplice entre los hermanos, acompañada de una media sonrisa intencionada. *“Es que ella es la Presidenta”*, terminaron apuntándome. Yo me limité a asentir. Sin embargo hija, más por instinto que por otra cosa, me lancé a preguntarles lo que, casi tenía por seguro, que sería dar en el blanco: *“Entonces, supongo, le habréis enviado las Cuentas para que las vea, ¿no?”*. Muchos años más tarde, los tres lo seguimos recordando con cierta simpatía.
- ¿En el blanco, papá? ¿Por qué? – Sus ironías empezaban a despistarme más de la cuenta.

Después de una breve risa, prosiguió con la historia.

- La respuesta de aquellos hombres llevaba un tono de excusa más que evidente, hija. Fue algo así como *“Verás, ella en realidad viene simplemente a firmarlas”*, mientras se acomodaba algo más en su sillón de piel oscura. Noté que aquella pregunta le había sorprendido, quizás había sido mi osadía lo que le había llamado la atención. *“Ah, ya veo. Bueno, entonces supongo que vosotros ya se las habréis explicado”*, dije queriendo dejar bien claro lo que yo en aquellos años pensaba que no debía callar en una situación así. Luego los años te enseñan, ¿sabes hija? Pero ese es otro tema – apunta. - Lo cierto,

que aunque sentí que había sido algo inoportuno, presentía que se me abría una interesante oportunidad de trabajo. *“Claro, claro. En la Junta las explicamos, es una formalidad que siempre seguimos a rajatabla”* me decía, enorgullecido de su método.

“Y ¿ella comprende la situación patrimonial del grupo? Me refiero, ¿conoce los equilibrios patrimoniales?”, proseguí con mi “atrevido” interrogatorio. Por eso - interrumpo su relato - me reía antes cuando me preguntabas por los equilibrios, hija. Me vino enseguida a la mente esta historia.

– Ya, ya - le respondí - pero aun no sé que me quieres decir. - Comenzaba a impacientarme algo. Mi madre ya se había ido a dormir y yo sentía verdadera curiosidad por saber a dónde quería llegar con esta historia.

– Fue el hermano el que me contestó en esta ocasión: *“Hay que presentar las cuentas el próximo martes y, como comprenderás, necesitamos que las firme. Por eso fijamos la reunión.”* Aquello me pareció más bien una justificación, por lo que presentí que no se sentían muy cómodos. Me miraban atentamente para ver a dónde conduciría toda esa charla. Yo, en cambio, seguía apuntando a aquel blanco, ¿recuerdas?

– Otra vez lo de dar en el blanco, papá. Venga. ¿Qué pasó?

– *“Pero entonces, ¿qué es lo que firma? ¿dónde firma?”*, les pregunté. La respuesta me dejó anonadado. Me dijo que le indicaban con una X al lado de cada sitio donde debía firmar. ¡Cómo si yo no supiera en qué consiste una firma de Cuentas!

Así pues, insistí con mi método. *“Bueno, al menos están los Informes de Gestión y las Memorias para que comprenda algo más ¿no?”*, quise saber. Esta vez, quisieron convencerme explicándome lo engorroso que le podría resultar a la “pobre mujer”, además de tener que señalar con su rúbrica cada una de páginas de las cuentas anuales de 9 sociedades, analizar esos documentos. Yo ya no sabía si presumía, si intentaba enseñarme o si no se le ocurrían mejores respuestas.

Aquí ya comenzaba a ver a mi padre algo molesto mientras me relataba aquella conversación. Había perdido el tono melancólico que había tenido hasta ese punto la historia. Y continuó.

– *“Hombre, será entonces que confía en el Informe del Auditor si hay tantas empresas”,* me atreví a suponer. Ambos se miraron extrañados. *“¿Auditor? No, no. No tenemos auditor. A medida que las sociedades puedan alcanzar requisitos para ser auditadas, abrimos nuevas empresas. Es una forma de “diversificar el riesgo”, ¿entiendes?. Además, el grupo va creciendo. No sé si me sigues.”* Estaba convencidísimo hija, me trataba de enseñar. Fui rápido. Y sarcástico, lo que por suerte no advirtieron – me aclara.

¡Como si no le conociera! – “¿Riesgo has dicho? Me alegro que menciones ese término”, le dije. No parecían entenderme. Aún así opté por callar. Una vez más, me sorprendieron con su intervención al darme la siguiente lección: “Claro amigo, nosotros arriesgamos. ¡Para ganar, hay que invertir!”. “Por ejemplo, en formación ¿no?” les respondí con mi característico sarcasmo. Y entonces remató la faena con un “Sí, bueno. En formación algo “gastamos”. Estaba claro que llevábamos dos conversaciones distintas.

Jamás se me olvidará. La formación, un gasto. En ese momento supe que tenía que escapar de aquel lugar. No me sentía cómodo. No podía seguir con la conversación sin decirles todo lo que pasaba por mi cabeza. Así pues, apliqué el principio de prudencia, hija y me marché. – dice, riéndose de su propia metáfora. Tiene gracia mi padre.

- Bueno papá, ¿y el blanco? ¿A que te referías con intentar dar en el blanco?
- Me has preguntado si era posible administrar las empresas sin saber nada de contabilidad. Pero dame un minuto más. Ven, te enseñaré algo.

Me llevó a su despacho y escribió en Google “**Cantidad de Pymes en España**”. Decía lo siguiente:

“Las pequeñas y medianas empresas representan el 99,9% de las compañías que hay en España. Esto se traduce en 3.110.522 pymes, según recoge el informe 'Retratos de las pymes 2015' que realiza un órgano dependiente del Ministerio de Industria, Energía y Turismo como es la Subdirección General de Apoyo a la pyme.

*Recordemos que las **pequeñas y medianas empresas son aquellas que cuentan con menos de 250 trabajadores** y su volumen de negocio anual no rebasa los 50 millones de euros. Casi la mitad de estas pymes adquieren el calificativo de microempresas sin empleados, ya que representan un total de 1.670.329 negocios, de los cuales 1.050.714 son personas físicas (53%).”*

Una vez más no le comprendía, así que pregunté.

- ¿Y qué, papá? ¿Dices que todas estas Pymes se manejan de esta manera, como tus amigos? Es decir, sin saber nada de contabilidad, al igual que su presidenta.
- No, no. ¡Ni mucho menos! - Exclama. - Pero te aseguro que de esas tres millones de Cuentas Anuales, muchos pero muchos – insiste - no alcanzan a entender la importancia que tienen. Y ya no digo que prepararlas sea, lógicamente, muy importante, sino que firmarlas lo es mucho más. ¿Me entiendes? Hay un **Principio Generalmente Aceptado**, y me refiero a uno
- que no te lo han explicado seguramente, y es el de NO PRUDENCIA. Este principio es el que siguen muchos Administradores, quizás sin saberlo, por el cual mientras cobren ese

dinerillo que decíamos al principio, firman las Cuentas sin interesarse tanto en comprender qué es lo que firman. Y en cuanto a dar en el blanco, me refería a que con solo una pregunta tan sencilla como fue “¿Y supongo que se las habéis enviado para que las vaya viendo?”, sabría que podía estar delante de unos Administradores Responsables o no. Y es que firmar Cuentas Anuales, hija – continuó, animado. – no es ni mucho menos un acto físico. Es un acto vital para la salud de las propias empresas, primero; que debe aportar transparencia a un mercado que de por sí es imperfecto, segundo; y del que cualquier persona que desee tener acceso a ellas a través del Registro Mercantil, pueda interpretar fácilmente y a grandes rasgos, el estado económico-financiero de las misma – Ahora sí, todo cobraba sentido. – Seguro que el modelo de las Cuentas Anuales puede y debe ser mejorado: quizás simplificarlo, enfocarlo a lo importante. No obstante, eso no debe ser óbice, y mucho menos excusa, para que los Administradores las firmen sin más. Me refiero a ese extendido pensamiento de que “si sacan un dinerillo será que todo va bien”. No te imaginas cuántas veces pasa esto y es muy preocupante. Y a mayor tamaño, más grave aún, claro. Lejos de lo que muchos piensan, la contabilidad en sí es el nexo de unión de las diferentes ramas de la empresa, su médula espinal. Como tal, es esencial para la toma de decisiones financieras, que se pueden confirmar con la firma de las Cuentas.

Le miré con una sonrisa, porque me gustó ver a mi padre “tan” preocupado; esto me ayudó a darle más sentido a lo que estaba estudiando.

– Gracias papá - le dije, y me despedí con un beso.

Ya acostada, seguía pensando en el relato. Hasta algo de preocupación logró contagiarme. A partir de ahora iba a preocuparme por entender bien de qué va todo esto. ¡Por algo hay tantas empresas que cierran! Seguro que a muchas de estas les cuesta saber en qué punto se encuentran, entender de cuál de esas “ramas” viene el error o la pérdida en caso de haberla o incluso de dónde tirar para seguir creciendo. Y ¡ve a saber si dicen la verdad en esas cuentas! O si al menos se preocupan por entenderlas.

Por suerte, sentí mientras ya me acomodaba para coger el sueño, que yo sí estaba invirtiendo en mi formación. Bueno, más bien mis padres, que son los que aún administran en gran parte mi vida. ¡Y ellos sí que quieren que yo dé en el blanco!